

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8701

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Loreite, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Lunes 27 Octubre 1893.

LA SEMANA ANTERIOR

¡Qué semana de esperanzas ha sido para muchos, la semana anterior! ¡Con qué fruición se posaban cada noche las rasgadas pupilas de alguna interesante lectora de los diarios de la localidad, en aquella parte de sus columnas destinada al anuncio de las funciones de teatro, y especialmente de las funciones del Circo, su coliseo favorito, leyendo el programa de las zarzuelas ofrecidas para el día siguiente, entre las que desarrollaba algún estreno, señal inequívoca de que el elegante teatro presentaría ese conjunto deslumbrador que en todas las primeras representaciones ofrece!

¡Y cuántas decepciones no debieron traer consigo los primeros días de la semana encapotando los horizontes con multitud de nubes cenicientas, enlodando el pavimento de las calles y exparciendo sobre las cabezas de los transeúntes multitud de gotas de agua, que al descender por los aires, refractaban todos los colores del iris, y que al estrellarse sobre las lagunas, que antes habían formado sus compañeras, adquirían el peor de todos los matices de que pueda ser capaz el color perla!

¡Ah! Si las cartageneras fuesen como las bilbainas, como las madrileñas, como las hijas de aquellas ciudades donde la lluvia no es un accidente anormal y extraño, de seguro que el Circo, los bazares, la calle Mayor, no hubiesen estado tan solitarios como en los comienzos de la semana.

Las cartageneras no debían arredrarse por la lluvia; antes bien, deberían amarla, porque así, guarecidas bajo su pequeño paraguas, obscuro nimbo de su gentil cabeza, caminarían impávidas y gallardas, recogida la amplia falda, y enseñando un pie... ¡pero qué piel digno por su elegancia y pequeñez de calzar la dorada zapatilla de la hermosa *Scenerantola*.

Pero en vano es presentarlas esta imagen fidelísima de sus esbeltas figuras en los días lluviosos. Las cartageneras temen al agua caída del cielo igual que las palomas al azor. Así como los pájaros al descender las primeras gotas de la lluvia se guarecen bajo las hojas de los árboles y se esconden en sus nidos, así nuestras paisanas se esconden también en el rincón más oscuro de su gabinete, se hunden aterradas en los cojines de un diván, y se pasan las horas delante de una vela de cere bendita, encendida ante un cuadro de la Virgen de la Caridad, rezando triángulos y nombrando con compungida unción á Santa Bárbara, cada vez que el resplandor de un relámpago va seguido del estallido de un trueno.

Hija del sol, amante de la luz, tiembla ó se irrita al descubrir en el cielo cualquier amenazador celaje, sonriendo con cierto desdén y menosprecio, cuando algún rayo venido de la corte les reprende sus temores por la lluvia, comparando á la madrileña cobijada bajo su paraguas, con la misma Venus brotando de su concha marina.

—Habla usted muy bien, amigo mío,—responden por último,—pero nada de eso es posible en Cartagena. Ni aquellas lluvias son estos diluvios, ni aquellas calles sucantarrilladas y limpias son estas lagunas y riachuelos inabundables, ni finalmente aquellos Ayuntamientos tan dispuestos á favorecer la limpieza y limpieza de las enaguas femeninas pueden compararse con estos Municipios tan protectores de limpia botas y tan patronos de lavanderas.

Y tienen razón.

Es decir, razón no la tienen todas, pero muchas de ellas, la mayor parte, sí que la tienen.

Hay calles limpias, aseadas, con adoquines de la mejor clase en el arroyo, y cubiertas de cemento las aceras, por donde podría pasar una dama con traje de baile, sin que la menor mancha de lodo obscurezca el blanquísimo raso de su bota.

Pero hay otras, donde el pavimento tiene más sinuosidades que abrupta sierra, donde las aceras están rotas ó aporilladas como en la calle del Duque, y algunas como la parte occidental de la plaza de S. Francisco, donde el agua se estanca y forma una inmensa laguna.

Y por estas últimas no pasa ninguna cartagenera, aun cuando vaya calzada con alta bota de cuero, como las amazonas ó los jockeys.

De aquí el que de vez en cuando, durante los primeros días de la semana y cuando más arreciaba la lluvia, se viese alguna que otra gentil náyade procedente de las calles mejor pavimentadas, en dirección al teatro, y que el Circo no apareciese tan desanimado en esas noches, como antaño lo estaba su viejo congénero el Principal.

Pero ¡Dios gracias! pasó la turbonada, y estamos ya como antes estábamos, tan secos como un espárrago y tan llenos de sol como una siesta de estío.

Las tiendas de la calle Mayor han vuelto á su anterior bullicio, y allí se recrean ellas y se hunden los bolsillos de ellos entre un océano encantador de plumas, cintas y encajes, sedas y terciopelos.

El Circo continúa concurridísimo, y el debut de una aplaudida y célebre *divette* ha llevado estos días últimos extraordinaria afluencia de *amateurs* de la zarzuela en globulos, á palcos, butacas y galerías.

Estamos, pues, como estábamos; tan inmóviles y estacionados como las esfinges de Menphis: ni nada se fue, ni nada ha venido.

Y por no irse, ni el temor al cólera, y por no venir, ni aun la esperanza de que todo lo sucedido en Murcia, no ha sido otra cosa sino una alarma infundada.

Los pesimistas de oficio están de enhorabuena; no hay ninguno que no haya recibido una carta particular, donde se pinta á Murcia triste y solitaria como la Salem del profeta, y más llena de muertos que una necrópolis.

Los miedosos beben ya agua hervida, se abstienen de verduras y frutas por si son de Murcia, y tienden los brazos de su esperanza hacia la escondida casa de campo, donde el porvenir les brinda la solitaria y frugal vida del anacoreta.

Y alguno que otro espíritu fuerte, ¡maldito si le importa un ardite el cólera y su contagio!

Pero ¡ah! quién piensa en eso? Las brumas de invierno se exparcirán en la tierra al despuntar Noviembre, y el frío helará á los microbios.

No haya miedo.

Y sobre todo, hasta que no nos peguen, no lloremos.

X.

LA TENIA

La tenia es un huésped desagradable del que es preciso librarse. En el espacio de veinte años, la frecuencia de lombrices solitarias se ha extendido en la humanidad de una manera alarmante. La tenia de cabeza inerte (*tenia saginata*) ha aumentado

considerablemente, mientras que la tenia de cabeza armada (*tenia soum*) es cada día más rara. Mr. Laboulbene que ha hecho una serie de experimentos sobre la tenia, atribuye este hecho notable al diverso origen de estas dos lombrices; los gérmenes ó cisticercos de la primera provienen en el hombre de la carne de ternera ó de buey, mientras que los granos ó cisticercos de la segunda nos son comunicados por la carne de cerdo doméstico. Por esto los reglamentos de higiene deberían de aplicarse con rigor respecto al consumo de la carne de cerdo. La abundancia creciente de la tenia inerte proveniente del buey, puede explicarse por la costumbre desarrollada de comer la carne sanguinolenta ó poco cocida, cuyo uso ha preconizado la terapéutica.

El autor no conoce hasta hoy, ni en Inglaterra ni en Francia, quien haya señalado directamente donde puede encontrarse. Largo tiempo se preocupó de este hecho y experimentos coronados de éxito, hechos por M. G. Colin han demostrado la postula bovina, el cisticercos inerte bajo diversas formas en los animales infestados a propósito. Más tarde, un hecho inesperado, hizo que Mr. Laboulbene y Colin encontrasen en trozos de carne de ternera muerta por la mañana, cisticercos alargados y muy reconocibles, dirigidos en sentido longitudinal de las fibras musculares y colocados entre ellas. Pero á la mañana siguiente, en esta misma carne, aun muy fresca, habían desaparecido, encontrándose solamente en trozos de carne puestos en alcohol. Así, las vesículas del buey leproso tiene la propiedad de desaparecer al contacto del aire como por evaporación de su contenido. Es necesario hacer constar que experiencias subsiguientes han demostrado al investigador, que esta desaparición no tenía lugar debajo de las aponeurosis, ni en medio de las masas musculares. A pesar de la dirección del quiste y de la vesícula, la cabeza existiendo siempre, queda bajo el aspecto de un punto blanquecino.

Por otra parte, si se echa agua pura, sea destilada, hervida y filtrada, esterilizada en una palabra, sobre la vesícula, esta aparece sobre la carne misma desecada, la aplicación de un líquido apropiado puede hacer reaparecer el quiste si se corta el rededor del punto preciso indicado por la cabeza, formando una mancha blanquecina, un trozo de tejido muscular y se le echa en agua ó glicerina acidulada, el quiste aparece enseguida. Este método dado por Mr. Laboulbene, hace que el hallazgo del cisticercos inerte en la carne de los mercados sea más fácil que el de las triquinas de la carne de cerdo.

«Para hacer absolutamente inofensiva, bajo el punto de vista de la producción en el organismo la tenia inerte, la carne de ternera ó de buey, dice para terminar, es preciso hacerla cocer con cuidado y suficientemente. La carne hervida ó asada, que haya alcanzado en la superficie y en el interior una temperatura de 50 á 60 grados centígrados está desinfectada, saneada. El cisticercos inerte no puede soportar sin perecer, semejante temperatura.» Referente á la carne cruda empleada bajo un fin terapéutico, «no puede, dice, perju-

dicar, si ha sido machacada con cuidado y pasada por las mallas de un tamiz muy fino.»

Estas ligeras nociones muy dignas de tenerse en cuenta, deberían preocupar á los Ayuntamientos, bajo el punto de vista de la higiene en los mercados y de la salud del consumidor.

EL EJÉRCITO DE SALVACIÓN

En una carta de Londres que publica «Le Figaro», encontramos los siguientes párrafos acerca de la institución filantrópica denominada «Ejército de salvación.»

«Dadme 25 millones de pesetas, dice el general Booth y yo regeneraré á Inglaterra.

No más pobres, no más mendigos, y, sobre todo no más borrachos.

La cantidad no es grande, si se tiene en cuenta los resultados que ha de producir.

Anualmente se gastan más de 250 millones de pesetas en obras de caridad: el Gobierno ha sacrificado la misma suma casi para libertar á dos ó tres prisioneros que estaban en poder del rey de Abisinia Theodoros, y según afirma el jefe del ejército de salvación, el objeto que persigue es menos caro y más útil.

El proyecto del general Booth no es tan extraño como parece á primera vista, y aun cuando no dé los resultados que él se imagina, es indispensable reconocer que tiene atractivos.

La idea del jefe de los salvadores es cotizar en las cercanías de Londres, no lejos del Támesis, pero á bastante distancia de las poblaciones, una propiedad de 1000 hectáreas de tierra y establecer en ella una colonia por el estilo de las que existen en el Far West de América.

Los colonos edificarían sus propias viviendas y cultivarían sus campos, y los únicos jornales que habrían de pagarse serían los de algunos oficiales de albañil encargados de dirigir las primeras obras.

Los beneficios de la explotación se invertirían de nuevo en la comunidad, cuyos miembros se contentarían con ser alimentados, albergados y vestidos.

Cuando algunos de ellos hayan adquirido suficiente habilidad serán enviados á Ultramar, donde se fundarán colonias semejantes.

En el ejército de salvación hay diferentes Cuerpos: los de reserva, los de ataque y hasta un Cuerpo de Sanidad con sus ambulancias, cuya misión no ha podido comprender tratándose de una guerra en que los combatientes no pueden recibir más que heridas morales.

El general Booth va á crear una brigada que se llamará de «puertas de prisiones», á fin de ofrecer á los licenciados de presidio los medios de cambiar de género de vida incorporándose al ejército de salvación.

Ha calculado el general Booth que en la Gran Bretaña hay más de un millón de hombres y de mujeres dedicados á la bebida (y me parece que se queda corto); para vencer ese terrible vicio se fundarán estos en que se acogerá á los borrachos, que serán llevados por sus padres ó por sus amigos, mediante una módica contribución.

El general no se olvida de acudir al socorro de las mujeres de vida licenciosa y para esto funda otra brigada que se encargará de recogerlas.

En cuanto se incorporen al ejército serán enviadas á las colonias, donde pueden volver al camino de la virtud.

Por último, con los 25 millones que pide